

CATEQUESIS sobre EL Seguimiento del Hijo

Si nos acercamos al Evangelio descubrimos que Jesús quiere que sus discípulos caminen de **dos formas diferentes**:

- ✦ **Siguiéndole a Él mismo** (*"Venid conmigo y os haré pescadores de hombres". Ellos dejando inmediatamente las redes, lo siguieron.*" Mt 4,19; *"Vio Jesús a un hombre que se llamaba Mateo, sentado en la oficina de impuestos, y le dijo: "Sígueme."* Él se levantó y lo siguió." Mt 9,9).
- ✦ **Y "sin" Él pero de la misma manera que Él camina entre los hombres**, es decir, fruto de la misión (*"A estos Doce Jesús los envió con las siguientes instrucciones... Yo os envío como ovejas en medio de lobos... Mt 10,5.16; Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.* Mt 28,19)

Se hace evidente que sin la primera no puede darse la segunda, pero anterior a la primera es **su llamada** (y así aparece en cada uno de los textos que hay citados). Quizá esta llamada para muchos parezca absurda y no le darán mucho más sentido. Comprenderemos la importancia singular de la "llamada de Dios" si, parándonos un instante, nos preguntamos acerca de una de las grandes cuestiones de la humanidad: **¿A dónde vamos?** Si todas las personas tiene que ir "hacia algún sitio" con su vida, sin saber muy bien cómo ni por qué, entonces el hecho de que Dios nos llame y dirija es un acontecimiento de por sí salvador.

Quien vive, siempre va hacia algún sitio. Su punto de llegada no parte de cero, puesto que es una persona, pero su espectro final es muy amplio. Puede llegar a ser de múltiples maneras. Pero la Biblia y los grandes pensadores reducen su camino y sus **posibilidades a dos**, nombradas de diferente forma: el bien y el mal, Dios y el mundo, mejorar o perderse, el camino angosto y el camino amplio, la puerta estrecha y la puerta amplia, generosidad y egoísmo, plenitud o pecado, caída o camino, caliente o frío... Da igual. La cuestión es que sólo hay dos caminos y dos posibilidades entre las cuales la persona siempre se va moviendo.

Para cualquier cuestión, dicen los grandes, existen dos posibilidades: **una y su contraria**. Y siempre es así: una contradicción permanente en cada paso. La posibilidad del paso y su negación. Algunos dan muchas vueltas a estas cuestiones, pero la realidad profunda muestra que la libertad del hombre entendida de forma finita se enfrenta permanentemente a esta cuestión en soledad. Religiosamente se añade que siempre, una de las dos palabras es de Dios. Quien aprende

a escuchar a Dios y se enfrenta a él, tiende a un conflicto serio: **obediencia o desobediencia**. Así lo encontramos en los textos presentados al inicio: Una palabra firme de parte de Dios, que la persona acoge siempre en la tensión de la obediencia y la desobediencia, esta es la herida del hombre.

Pararse y preguntarse hacia dónde vamos es **un ejercicio maravilloso**. Hoy tenemos dificultades para planteárnoslo. Nos encontramos inmersos en una sociedad que vive absolutamente del presente y descuida tanto el pasado como el futuro. Se conoce como presentismo. El pasado exige, cuando se mira a uno mismo, la responsabilidad. No hay otra manera, por lo que huir de la responsabilidad es huir igualmente del pasado. Y lo mismo respecto del futuro. Acoger el futuro de la persona exige confianza en lugar de seguridad. Si se quiebra la confianza y lo que se pretende es estar absolutamente seguro de todo, es mejor no mirar hacia el futuro. Y la mejor forma de distraerse la persona respecto al pasado y al futuro es quedarse sin más en el presente, placentemente y ocupado en cualquier cuestión que no exija.

Sin pasado no sabremos ni en qué nos hemos convertido ni en qué punto estamos. Sólo es presente, sin historia. No queremos saber realmente tras los pasos de quiénes hemos caminado. Nos produce vértigo. Sin futuro, no nos plantearemos a quién queremos seguir o en quién nos queremos convertir.

1. Unas cuántas metáforas de inicio.

Al andar de hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino,
sino estelas en la mar.

Comenzamos haciendo una **composición de lugar sobre el seguimiento**. Nos imaginamos siguiendo a alguien, a quien queramos y por el lugar que deseemos. Cerramos los ojos para que cada uno se sitúe. Estamos al menos cinco minutos esforzándonos en dominar nuestra imaginación y centrarnos en el tema que deseemos. Pensamos, a medida que vamos imaginando, en lo que supone seguir a alguien. Luego **compartiremos la experiencia de seguimiento** (no sólo los detalles).

Después hacemos lo mismo con las metáforas que se proponen aquí. El catequista dirigirá la composición de lugar: primero nos imaginamos a nosotros mismos corriendo detrás de un atleta keniano en una pista de atletismo, después nos encontramos huellando, después como si fuéramos un niño salvaje que aprendió a caminar de animales en lugar de aprender con personas, y por últimos nos "recordamos" en nuestro proceso hasta conseguir la bipedestación.

Para muchos "seguir a Jesús" es una **continua persecución de Jesús**. Así lo entienden, como si se tratase de una magnífica carrera hacia la perfección tras el mejor de los atletas de Kenia. Es decir, se convierte en misión imposible y sólo lo divisamos a lo lejos. Si no situamos en una pista de atletismo y lo planteamos como una carrera, supone que lo veremos de vez en cuando y tendremos encuentros puntuales con él. Tendremos la sensación de estar moviéndonos y dando pasos, pero sin encuentro real. Nos limitamos a ciertos puntos muy cercanos y a mirar de lejos.

Quienes intentan esto son conscientes de la diferencia que hay entre Jesús y ellos. Es un punto necesario, pero desconfían de que quien les ha llamado no les va a esperar. A estas personas no les cabe en la cabeza es que tienen que jugar con sus limitaciones y con sus dones, no intentar ser quienes no son. Explicado con sencillez: miran a Jesús algunas veces para olvidarse de sí mismos, por lo que sea, y creen que Dios les pide ser quienes no son, que les exige por encima de sí mismos.

La otra posibilidad errónea sería **huellar tras Jesús**. Sería algo así como comprender que seguir los pasos de Jesús hoy es hacer lo que Él hizo, actualizándolo de alguna manera, pero repetir lo que Él hizo.

Quienes huellean son excelentes en una cuestión fundamental: la referencia única es Jesús, cualquier paso que se aleje de Él nos separa. Esto que parece traído por los pelos nos sirve para hablar de que Jesús

también tuvo que dar innumerables pasos, sin dejar de ser Él en ninguno de ellos. La cuestión en la que yerran es en perderse a sí mismos.

Antes de terminar con las comparaciones de inicio, hay que reconocer que estos dos, a diferencia de los demás, intentan seguir a Jesús. Cualquier persona que quiera seguir a Jesús puede aprender aunque se equivoque al inicio. Quienes no responden la llamada, nunca aprenderán, porque es algo que se aprende con la experiencia. A caminar se aprende caminando.

Me gusta plantear, cuando advierto la importancia del seguimiento, el fragmento de la película **Tarzán**. Una persona, que vive desde pequeña en la selva, se mueve, pero no como el resto de personas. Se ha criado en un ambiente sin referencia alguna de tal manera que siglos y siglos de evolución no le valen para mucho. Puede haber aprendido de forma espontánea a caminar con los dos pies, pero su postura habitual no es esa. Aún teniendo las condiciones para ello, utiliza todas las extremidades para moverse. De igual manera traemos a la memoria todo el **proceso que hemos hecho para poder caminar**: no debemos tener ninguna lesión (punto importante para nuestra comparación, porque en caso de tener alguna lesión se deben tomar medidas al respecto), coger fuerza en los distintos segmentos hasta movernos, experimentar el placer de movernos y disfrutar jugando, gatear, ver cómo otros caminan, intentar imitar y caernos... y así hasta conseguir ponernos por nosotros mismos a dos pies. A partir de entonces es una aventura que nos llevará por muchos lugares y de muchas maneras.

En cualquier caso **la experiencia de seguimiento se distingue** de la experiencia de caminar solos en que en la primera **nos llevan hacia algún sitio**, y en muchos casos requiere la confianza para seguir caminando. Decir que nos llevan significa que en algunos momentos quizá no sepamos a dónde va o el motivo por el que escoge ese camino. Pero seguimos en la brecha.

¿Detrás de quién caminamos? ¿Quién nos enseña a caminar como cristianos? ¿Qué supone en nuestro corazón que Jesús nos llame a caminar? **¿Hacia dónde nos lleva?** ¿Nos hará ser como él y perdernos a nosotros mismos? ¿Cómo caminar hoy tras un Jesús al que no vemos? ¿Cuánto tiempo estaremos siguiéndole?

2. Tras los pasos de Jesús

Poesía es caminar y hacer camino.
Hacer camino es vivir y dar vida.
Dar vida es sembrar y asombrar.

Jesús cambió la historia. Lo primero que hace es **llamar y elegir**. Esto quiere decir que la iniciativa es de Jesús, de la misma manera que a lo largo de la historia de la salvación quien elegía era Dios. A diferencia de los grandes rabinos (los maestros de la Ley) Jesús es quien convoca, quien une y asocia. Esta diferencia no es simplemente cultural. Los rabinos se situaban en una especie de mercado cerca del Templo y, quienes querían aprender, se daban una vuelta para escuchar a todos (como si fueran escaparates) y después elegían aquel de quien querían aprender. Los rabinos sabían que no podían elegir a sus discípulos, porque ellos no eran quienes para llamar.

Hay que hacer notar que quien elige es Jesús y sólo Jesús. Y además lo hace en unas **circunstancias** que nada tienen que ver con el estudio en sí de la Palabra y a unas personas un tanto peculiares. Frente a los rabinos de la época que enseñan los primeros (*"Hay que enseñar -la Torah- sólo a quien está bien dotado y es disciplinado, de buena familia y bien acomodado"*), Jesús escoge a unos pescadores galileos, a un recaudador de impuestos, a unos hombres violentos... Nadie se queda fuera de esta llamada por su condición de partida: todos son invitados al seguimiento como vocación universal. Y **llama en el primer encuentro**, inesperado.

De lo anterior se deduce que **los discípulos renuncian** (de alguna manera) a sus vocaciones, a toda aquella vida que corresponde al hombre viejo, por Jesús. Y reconocen en el maestro su única vocación posible. Aceptar la llamada (es decir, seguir a Jesús) conlleva esta consecuencia: ser un hombre nuevo, estar dispuesto a aprender... En el Evangelio se refleja como "ser niño". El niño y el discípulo son idénticos. El niño tiene que aprender porque comienza a vivir, y el discípulo también. La renuncia está clara en sus palabras: "El quiera venirse en pos de mí, niéguese a sí mismo."; "Ellos, dejando las redes, lo siguieron."

Por todo esto se reconoce que Jesús tiene y habla con **una autoridad distinta** a la de los maestros de la Ley conocidos hasta entonces (Mc. 1,22.27). La diferencia entre la autoridad y el poder es sencilla: el **poder** se ejerce independientemente de la propia vida y de la vida de los demás; el poder es semejante a la imposición (Por ejemplo, los romanos tenían poder sobre los judíos les gustase a los judíos o no, y llevasen la vida que llevasen, es decir, si los romanos eran corruptos o robaban o maltrataban daba más o menos igual); la **autoridad** se recibe de los demás, nace del asombro por haber encontrado una persona a quien merece la pena conocer, seguir y amar, de quien tenemos mucho que aprender; la autoridad es parecida a la libre adhesión de una persona a otra. Dios, siendo Todopoderoso, decidió vivir entre los hombres con autoridad sin renunciar además a su poder para someter el mal, pero no para coaccionar o ser infiel a sí mismo.

Llamada y elección. Composición de lugar con los siguientes elementos:

1. Cada uno se mueve al momento donde descubrió a Jesús como persona viva.
2. Dios te llamó en aquel mismo instante. ¿Te has dado cuenta?
3. ¿Qué supone para ti hoy descubrir que Jesús te llama y elige?

El discípulo tiene que **aprender siempre del maestro y sólo del maestro**. La enseñanza era tanto oral como vital, y los discípulos se comprometían prácticamente a repetir de forma mimética a su rabino. Le acompañaban porque ese maestro vivía según la Ley y la Ley implicaba una ética concreta, emanada de la sabiduría de la Escritura y de la tradición oral, que era aquello que buscaban aprender. De tal manera que los discípulos se conviertan en un esclavo.

Lo que busca Jesús en su enseñanza no es que se conviertan en sus esclavos y tener un grupo de servidores como el resto de maestros. La enseñanza de Jesús es que el hombre **ha sido creado para Dios**. Por tanto, si hay que servir a alguien es a Él. La aventura se produce cuando nos ponemos a servir a Dios por amor y no por imposición. Es lo asombroso: los discípulos quieren servir a Jesús (*“Tú lavarme a mí los pies, le dice Pedro, no puede ser. Tengo que ser yo quien te los lave a ti.”*) Vamos a comprender esto para no perdernos: Dios es el Señor, y esto es indudable. Él es el único, el más grande. Y hay una diferencia infinita entre el hombre y Dios. Cuando el hombre se descubre ante Dios de corazón y de forma sincera, no puede suceder otra cosa distinta: nos quedamos maravillados y asombrados por tanta grandeza y nuestra pequeñez. En el corazón de la persona no hay más posibilidad que hacerse siervo de tanta grandeza **por amor**.

Y una vuelta más de tuerca en el caso de Jesús. Él enseñó a los suyos que quien sirve a Dios está empujado al amor a los otros: disposición permanente de **servicio sea para con los demás**, hasta el punto del amor al enemigo (algo que distingue de forma permanente al cristiano –seguidor de Cristo– de cualquier otro judío de la época, o romano, o de otros pueblos).

Los discípulos de Jesús rompen con esa esclavitud. Un día Jesús se sorprende de lo que piensan de él y le dice: **“A vosotros no os llamo siervos, os llamo amigos.”** Y acto seguido les dice el motivo: “A vosotros os he dado a conocer todo lo que mi Padre me ha dicho.” O dicho con otras palabras, la relación entre el Padre y yo (Jesús, el Hijo único) es ya la misma, porque Dios no es sólo mi Padre (Padre de Jesús) sino también vuestro Padre (habéis sido adoptados por Dios). En nuestro vocabulario ha caído en franca mediocridad la palabra amistad, y llamamos amigos a cualquiera. ¡Dios nos llama amigos! ¡Dios quiere tratarnos como hijos! Esto es más difícil que ser esclavos. Dialogar con Dios es más difícil que aprenderse unas cuantas normas para ir tirando por la vida “pseudo-cristianamente” y pasar cumpliendo.

¿Qué aprenden los discípulos? Antes he señalado cómo el objeto principal de las escuelas es la Torah y la tradición oral que interpreta ésta (en sus distintas versiones: rabínica, esenia...). El maestro de la Ley brilla por no ser su palabra la principal, sino que habla de parte de Dios. Con Jesús los discípulos aprenden de Jesús mismo, él es la fuente única.

Aprender sólo del maestro. Composición de lugar:

1. Cada uno se sitúa siendo esclavo de alguien o de algo en nuestra sociedad actual. No vale remontarse a otros momentos. Y es esclavo con todas las consecuencias, en su imaginación.
2. Llega Jesús cerca y lo llama. Lo ha liberado. Ya no tiene que ser esclavo. Nos imaginamos la situación y qué haríamos después. En ese mismo momento Jesús le dice: "Ya no te llamo esclavo, te llamo amigo." ¿Qué supone para ti?

También **los discípulos de Jesús tienen que seguir (literalmente) al maestro**. No tenemos muchos testimonios de los rabinos de la época y su relación con los discípulos, pero en cualquier caso rebosan en los testimonios el aprecio y la autoridad que estos concedían al maestro. En el caso de la relación entre Jesús y los discípulos se reflejan estas mismas características, sin ocultar por ello el ánimo, un tanto revoltoso, de los más cercanos. Esto es curioso, pero parece que la misma enseñanza (predicación de Jesús) le obliga a afirmar delante de los suyos que Él no está contra la Ley, sino que quiere llevarla a plenitud. Sin duda entre el grupo de los discípulos más cercanos de Jesús no todos tenían claro cómo debían actuar: a unos les entra cólera al encontrar alguien que predica en nombre de Jesús, otros buscan ser los primeros en el reino de los cielos, otros encuentran dificultades para curar como el maestro cura a los enfermos, otros portan armas consigo,...

Los maestros de la Ley estaban pendientes de las grandes tradiciones transmitidas desde antiguo. Sus discípulos se afanaban por mirar al pasado entresacando de las historias todo lo que era necesario. La cuestión es sencilla puesto que creían que cumpliendo la Ley entera traería el Reino a este mundo. Los discípulos de Jesús aprenden a **mirar al futuro**. Las primeras palabras del maestro son: "El tiempo se ha cumplido. **El Reino de Dios está cerca**. Convertíos y creed en el Evangelio." Y ellos mismos son enviados a predicar estas palabras entre los hombres: "Anunciad a todos que el Reino de Dios está cerca." Es por esto que es un grupo esperanzado y consciente de que la promesa de Dios (el Reino) se cumple con Jesús. Mirar de esta manera es comprender la propia vida al servicio del Reino. Los discípulos son, para el mundo en el que viven, la esperanza de ese mundo presente, y **la comunidad que con ellos se forma participa de la misma vida del Reino**: pasan de ser desconocidos a ser hermanos y tratarse entre ellos con relaciones fuertes y fraternas semejantes a las propias de la sangre, entre ellos no hay pobres porque comparten todo lo que tienen, se juntan para orar y celebrar la Eucaristía de la misma manera que Jesús se unía a los apóstoles creyendo que Dios estaba en medio de ellos, anuncian el Evangelio fuera de su comunidad con valentía, testimonian por medio del amor el Reino a todos los hombres, viven como si su maestro no estuviera muerto sino resucitado... Quienes les veían se

quedaban asombrados del amor que había entre ellos. Y los “de fuera” comienzan a llamarlos “cristianos” porque, sin que entiendan mucho sobre el tema, siguen a una persona que se llamó Cristo.

Seguir literalmente al maestro. Composición de lugar:

1. Elige una escena del Evangelio que conozcas y sitúate aprendiendo de Jesús literalmente.
2. Tú eres Jesús hoy. ¿Dónde podrías hacer lo mismo que Jesús hizo?

Por último, **la misión**. La **pasión** del Maestro, su entrega en la cena y en la cruz testimonia la disposición fundamental del Reino de continuar los pasos iniciados, el camino abierto en todo momento. Trazada una línea sobre nuestra vida, en la que hemos quedado unidos al proyecto del Reino, no tendría sentido valorar las dificultades por encima del Amor de Dios vivido, descubierto, querido y encarnado. La misión es el centro del acontecimiento pascual, puesto que en Él se realiza en plenitud la última palabra de Dios sobre los hombres: “Yo estoy con vosotros”, “Yo soy la Vida”. La Resurrección del Hijo es en esta medida prenda y señal para todos de la cercanía y cuidado de Dios, de su victoria y del inicio de un nuevo mundo.

Los discípulos, en los distintos relatos de resurrección, reciben un nuevo horizonte para sus pasos que no se limita al seguimiento físico del maestro por Galilea. A todos queda abierta la posibilidad del encuentro, de la escucha, del diálogo con el Hijo Resucitado. En esa medida, la vida de la Iglesia que nace de los apóstoles se transforma en una Iglesia peregrina, caminante. La Vida Nueva, el Hombre nuevo nace del Resucitado, y la Misión de la Iglesia es acercar a todos los hombres hasta la Fuente de la Vida. Los pasos... ¡donde el Maestro nos lleve!

Uno de los relatos de la Resurrección nos recuerda precisamente esto: *“En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, **extenderás tus manos y otro te ceñirá** y te llevará adonde tú no quieras.»* Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: *«Sígueme.»* Pedro se vuelve y ve siguiéndoles detrás, al discípulo a quién Jesús amaba.”

El final del Evangelio vuelve al principio: “Sígueme.” Seguir al Maestro es ahora “estar cerca de” las actitudes de Jesús, dejarse ceñir, responder con obediencia y confianza al Maestro. ¿Hacia dónde nos lleva? Hacia aquellos lugares, momentos a los que, por falta de valentía o por miedos, no iríamos por nosotros mismos: “morir” en el Evangelio de Juan es sinónimo perfecto de entregar la vida por los demás con una actitud de Servicio a ejemplo perfecto del Maestro; esta es la experiencia de los discípulos que habían seguido a Jesús tras la Resurrección, la de poder “entregar”, “perder”, “dar”, “ofrecer”, “servir” con radicalidad siempre nueva comprobando cómo ellos son fuente de vida, perdón, justicia, y misericordia en el mundo que les rodea gracias a la acción del Maestro. Sus pasos son ahora otros pasos, Jesús vive en ellos y tienen el poder de transformar igual que Él. No es cuestión de “obediencia cerrada” sino de “amor recibido y donado”.

3. Conformarnos al seguir con otros pasos.

Hemos de amar al ser por ser persona.
Hemos de amar al ser.
Hemos de amar.
Hemos de ser para el mundo, ¡la poesía!

Por un corazón que no comparte,
se rompe;
y roto es un modo de morir.

Utilizo la palabra "conformarnos" de una manera un tanto peculiar. En nuestro lenguaje ordinario quiere decir sería algo así como "nos satisface eso simplemente", "estamos a gusto con esto"... Pero sería mejor entenderlo como "nos damos forma con" otros pasos. Toda persona necesita formarse, crecer y asumir su propia vida de una manera determinada. Algunos se conforman con su trabajo, y terminan siendo trabajadores de lo que sea, pero trabajadores principalmente puesto que viven para su trabajo; otros se conforman con el dinero, y terminan siendo monederos andantes; y puede que muchos hoy se conformen con "ir tirando y sacando las cosas", de manera que se conforman a una vida sin excesivo entusiasmo o iniciativa. "Conformarse con Cristo" sería recibir su "forma" de vivir, ajustarse a sus parámetros que son los parámetros de la vida en justicia y amor del Reino. Dependiendo de los pasos que demos en la vida, y esto hay que tener claro, nos conformaremos de una manera diferente.

La persona no puede recibir cualquier forma. No valen todas las "formas" para realizar nuestra vida y alcanzar felicidad. Está claro que hay personas que viven de manera "deformada" o terminan teniendo un rostro poco amable. Este punto debería ser grabado a fuego en nuestro corazón en tanto que las formas son hoy múltiples y se ponen a un mismo nivel para que la persona elija. A la luz de Dios, de la fe, la forma de la persona perfecta es Jesús de Nazaret. Ninguna otra forma de vida es comparable a esta y ninguna tiene tanta versatilidad para configurarse de formas tan múltiples. Alguien que se entrega a los enfermos, o que se dedica a la educación, o que es ingeniero, o que desarrolla proyectos de cooperación... siendo cristianos reciben una misma forma aunque sus trabajos e intereses sean diferentes. Han recibido unos pasos y van configurándose con una forma de entender y vivir, teniendo los sentimientos propios del Hijo.

Tras la visión que hemos hecho del seguimiento de Jesús nos preguntamos ahora sobre nuestro propio seguimiento del Maestro intentado recapitular en una serie de aspectos nuestro propio seguimiento del Cristo. Recogemos entonces una serie de puntos que nos pueden ofrecer las pautas para el diálogo y la comprensión de nuestra propia experiencia:

- † La **llamada**. Hemos sido llamados, tenemos una vocación que nos irá descubriendo quiénes somos de forma progresiva. Es la primera experiencia que tiene el cristiano que se pone de cara a Dios: se hace silencio y descubre que dentro de Él suena una música especial, de la que si se deja llevar le conducirá a una nueva vida. La llamada, como dijimos antes, es sinónimo de aceptar un nuevo camino.
- † **Centralidad** de Jesús. El mundo es un gran espacio en el que caben muchas cosas, repartidas de igual forma o de manera desigual. Y la persona también. Dentro de ella no todo ocupa un mismo lugar y dependiendo del lugar que ocupen así quedan el resto de elementos. Por ejemplo, para quien el trabajo es

lo principal todo lo demás queda en un segundo plano, de tal manera que si impiden en algo el trabajo será considerado como negativo; de esta manera, una persona que se organice así no estará disponible para el Reino, ni para los demás... Otro ejemplo, el de una persona para quien lo central sea el dinero o el placer provoca que todo lo demás sea estimado en la medida en que sirven o al dinero o al placer; si no le enriquecen o si le empobrecen, no valen; o si no le hacen "sentir bien", "dar gusto" tampoco. Toda su vida girará en torno a aquello que le dé dinero o que le dé placer.

El cristiano tiene **en el centro a Jesús**, de tal manera que todo lo demás queda "conformado" por la presencia en su corazón de Jesús. El trabajo no es mero trabajo, sino servicio al Reino. El dinero no es mero dinero, sino posibilidad para servir a los demás y una manera de construir justicia. El placer no es mero placer egoísta, no puede engañar, porque ha descubierto que hay momentos en los que el placer no es lo principal.

‡ **Autoridad** de Jesús. Primero que la llamada es incondicional y tiene una única dirección. Aquí está el fundamento de esta autoridad. Jesús es reconocido entre los suyos como una persona con una autoridad diferente. Hoy su autoridad se traduce en una Palabra que habla por sí misma y que se mete donde otros "falsamente respetan". Quien se acerca a Jesús prueba su denuncia y su anuncio, siempre desde la misericordia. Esta es la diferencia, porque Dios habla siempre con Amor. Nos conoce incluso más que nosotros a nosotros mismos y entiende qué sucede en nuestro corazón (él comprende por qué mantenemos algunas preguntas permanentes, por qué nos plegamos una y otra vez en las mismas piedras, por qué buscamos que tenga sentido, por qué queremos que los demás nos cuenten siempre la verdad y busquen el bien, por qué nuestras preocupaciones e intereses). La autoridad de Jesús le lleva hasta nuestro corazón, donde otros no quieren entrar, porque ni se atreven ni les preocupa. Pero Jesús entra con una Palabra nueva, que acogida con confianza (y esto es fundamental, porque también puede existir un gran rechazo hacia Él), se convierte en vida distinta. Su autoridad y fuerza no es imposición al hombre, sino fruto de la Vida desde la que habla: la experiencia por la que, siendo Dios, se hizo hombre y compartió la vida humana hasta llevarla al extremo de la entrega para salvar a los hombres.

‡ **Servicio** al Reino. Seguir a Jesús es idéntico a servir al Reino. Ser discípulo es mantener una relación especial y un compromiso único, pero comprobamos antes una gran diferencia entre los rabinos y Jesús: los rabinos reducen las posibilidades del hombre, esclavizándolo a su querer y limitándolos; Jesús abre el corazón de los hombres al servicio a todos los demás. La disponibilidad para el servicio del Reino nos conduce a los demás, liberándonos de nosotros mismos y construyendo el Reino de Dios en nuestro mundo. Esto nos pone en la pista de una nueva característica: **Radicalidad**. Por "radical" no entendemos "fanatismo" o "sectario"; radical significa "raíz" y en cierta manera hace referencia a un aspecto intolerante. Esto necesitamos aclararlo, porque la palabra tolerancia está muy extendida en nuestra sociedad. Radical es intolerante en tanto que estima que hay aspectos que no se pueden ni se deben tolerar. Pero es una radicalidad por amor y de amor. Y por lo tanto no es una radicalidad agresiva. Hablar de radicalidad y de servicio es porque el servicio al Reino lo exige. Son tantas las dificultades que se presentarán y las luchas que hay que afrontar que, sin una vida bien "enraizada", sobrevendrán múltiples dificultades. Una parábola nos cuenta esto: la de los campos. En unos no puede crecer la semilla, por tener piedras, en otro por estar lleno de malas hiervas, en otro por recibirla solo en la superficie. Radical es aquel que

“guarda” su Palabra en el corazón, que se abre al Reino hasta el extremo, como María.

- † **Gracia** y salvación. En las distintas llamadas de Jesús, en unas más evidentemente en otras menos, se percibe que aceptar su propuesta con confianza y caminar tras sus pasos provoca un gran cambio. El caso de Leví, por ejemplo, es notable. De recaudador de impuestos a apóstol del Reino, de persona egoísta a persona entregada y servicial. Esta es la gracia que actúa en nosotros cuando nos adentramos en la senda de Jesús.

Muchos se quejan de que su vida no aparece Dios y cuando Dios aparece andan por otros caminos; estoy convencido de que todas las personas buscan a Dios, aún con miedo a encontrarle de verdad, porque saben que sólo Él es todo lo que buscan y sólo con Él podrán alcanzar lo que realmente son. Aceptar la llamada de Jesús y seguir sus pasos es buscar y encontrar.